

UNA NUEVA ESCUELA DE CRITICA LITERARIA

“ESCALAS”, EN TRES PROLOGOS DE GUILLERMO DE TORRE

I

La Editorial Perrot, de Buenos Aires, ha publicado en su Colección “Nuevo Mundo” un libro de Guillermo de Torre, *Escalas en la América Hispánica*, en el que su autor recoge y ordena una porción de “imágenes viajeras” surgidas y halladas, o reencontradas, con ocasión de sus numerosos viajes, como conferenciante, por distintos países de la América hispánica.

Guillermo de Torre nos advierte, en una breve nota introductoria, que ningún propósito ajeno al puro placer de ver y contar ha determinado la redacción de este libro, sino sólo el “afán—confiesa—de describir o revivir sintéticamente semblanzas o atmósferas de ciudades, transcribiendo, con letra más clara y articulación menos inconexa, algunos de los apuntes y recuerdos grabados en el papel o sobre la memoria”. Por ello, tras de unas “reflexiones de regreso”, hacemos con él escala en México, La Habana, Puerto Rico, Caracas, Guayaquil, Lima y Bogotá, y entrevemos algo de lo que continuamente suscita esa curiosidad natural que los españoles sentimos siempre por conocer el clima cultural y universitario de la gran comunidad hispanohablante, que no en vano una misma lengua ha de determinar siempre una común y análoga estructura interior en el ámbito unitario de lo espiritual.

Yo recuerdo haber leído en algún ensayo de Guillermo de Torre su prevención acerca del “diario íntimo” como género literario, recelo del que él mismo deja constancia en esta obra, incluyendo también, en esa explicable desconfianza suya, “los libros de viaje donde la circunstancia geográfica se pierde de vista e invade el horizonte un *yo* más o menos insolente o apiadable”. Y es que si el viaje exige lo que Guillermo de Torre llama una “alienación de sí mismo”, es indudable que, en la constancia literaria que demos de él, lo objetivo debe privar “de modo casi absoluto sobre toda posible efusión subjetiva”.

Notemos cómo Guillermo de Torre condiciona su valoración de este género literario, limitándolo y subordinándolo al escritor, con ese “de modo casi absoluto” tan preciso que emplea y que, sin duda, libera a la llamada literatura de viajes de un objetivismo que pudiéramos llamar puramente “externo” (por distinguirlo de un indudable objetivismo “interior” del que puede partir, y de hecho parte, el escritor), ceñido, exigente y hasta podría decir mostrenco, porque el mirar acota cuanto nos es objetivo, pero es el cerebro quien *ve*, y la palabra, después, quien *objetiva*—en una realidad no distinta, sino prodigiosa o misteriosamente más completa y última—nuestro propio “ver”, personal y transferible sólo por la comunicación—mediante el lenguaje—con algo que, como el objeto, nos es dado también: la palabra.

Pero la palabra es—no en los diccionarios, sino en el hombre—un material de construcción, de creación, capaz de darnos unos contenidos que no están en el mirar, sino sólo en el ver, que completan ese objetivismo “exterior” del que hemos hablado, haciéndolo, precisamente por ello, realidad total, acabada y unitaria. Es importante, para mí al menos, que un crítico de la sagacidad de Guillermo de Torre plantee esta cuestión precisamente en el breve relato de sus rutas hispánicas. Si él postulara de un modo absoluto esa “alienación de sí mismo”, en el viaje como

género literario, quedaría éste reducido a una mera información directa, a un periodismo no de crónica, sino de noticia, y ni aun así se lograría esa "alienación de sí", porque la misma palabra *información* alude claramente a un contenido que trasciende el mirar hacia un ver no radicado en un hombre concreto y diferenciado, sino en una comunidad "animada" o informada por unas notas sociológicas comunes y comúnmente participadas. Si la "masa media" fuera estudiada desde la relación que determina—por la palabra o la imagen—el lenguaje, se diferenciaría aquella de la literatura lo mismo que ha llegado a diferenciarse ya el "cine" del teatro.

A mí me parece, por esto mismo, que el objetivismo o "literatura de la mirada" exige poco menos que una previa castración de la realidad, porque el escritor renuncia a "ver" del todo para supeditarse exclusivamente, fotográficamente, a la acotación, a la mirada, a "levantar acta", simplemente, que es lo único que al periodista se le exige, lo cual supone detenerse en una primera fase no creadora, sin más exigencia que la del reportaje, en una absoluta—¿o impotente?—"alienación de sí" a la que no es necesario llegar precisamente porque es necesario partir de ella, y trascenderla, para lograr una captación unitaria y total de la realidad. Esto me hace concebir la sospecha de que el objetivismo literario a ultranza es el último material de derribo que aún humea de aquella vieja, aunque todavía reciente, "cosificación" del ser cuyo resultado fué, como no podía menos de ocurrir, la negación de la metafísica misma. Aquella postura filosófica tuvo su tiempo (como tiene aún sus epígonos) y, por tanto, su literatura, y yo creo que nuestro tiempo exige, por esto mismo, nuevas fórmulas expresivas cuyo hueco ocupan hoy los reportajes informativos de la prensa y los objetivistas de la última ola. Ya es sintomático que, justamente con la negación de la metafísica, surgiera la crisis del concepto de literatura y hasta su negación también, crisis cuya problematicidad ha sido estudiada por Guillermo de Torre con agudeza y pormenor y, sobre todo, con un caudal de aportaciones tales que a sus lectores nos ha enriquecido prodigiosamente, hasta el punto de habernos curado en salud de ese peligroso adolecer literario que es siempre toda adolescencia, y más la nuestra, sin posible desarrollo natural y sin maestros que hicieran camino con nosotros.

Esta es la razón por la que volvemos y nos detenemos hoy en la obra de Guillermo de Torre, y ésta es, también, la razón por la que hemos destacado la precisión que, en el prólogo a sus viajes, hace sobre los límites de este importante género literario. Es así cómo Guillermo de Torre nos ha dado el breve y sabroso reportaje de sus "escalas" hispanoamericanas, de su mirada penetrante y contenida, como su prosa, sobre un paisaje humano diverso y vario, en el que una ciudad, un hombre, una estatua, un recuerdo, la luz o el aire "componen" y verifican plásticamente un ámbito preciso y real donde la imagen, inesperadamente, se nos hace palabra, participación y conocimiento.

II

Si hiciéramos un análisis de la obra crítica de Guillermo de Torre nos encontraríamos con que esa misma transparencia de su prosa, al mirar y captar, objetivamente, lo vivido y aprehendido por él mediante la elaboración de un mirar directo y selectivo, se encuentra en todos sus libros, numerosos ya, que no en vano un libro es paisaje y ciudad o, mejor, todo un mundo interior y habitable. Creo que es justamente aquí donde podemos hacer pie en la singularidad creadora de la obra crítica de Guillermo de Torre.

La obra literaria es—para mí, al menos, así es—simplemente eso: un fenómeno —y hasta un misterio (yo, no sé por qué, me dejo caer siempre, aun sin quererlo, hacia el ámbito del misterio)—expresivo, en el que es necesario penetrar para que se verifique, haciéndose transparente y diáfano, comunicación estremecida y caudal humano, fidelidad, en una palabra, a la obra literaria para encontrar, en ella, ese posible y difícil equilibrio en el que la interpretación crítica—creadora ya (Guillermo de Torre hace una sabia distinción entre lo "inventivo" como propio del hombre y lo "creador" como propio de la Divinidad), en este caso—se funde y se confunde con la motivación misma del poeta, determinadas ambas por esa necesidad común, extraña y misteriosa, que nos es dada sin tan siquiera quererla nosotros y que con nosotros va, gozosa, o dolorosa y abrazadora, pero real y con-

jugable, que el hombre necesita decir "sumiso" a la palabra, a su palabra (asocio aquí las precisiones que *Azorín* hace, creo que en *El escritor*, sobre la equivocidad del posesivo castellano *su*), in *sermonibus eius*, como la Vulgata dice, porque también la palabra, como la realidad, nos es dada. Pero ¿quién nos da esta clamorosa, estremecedora realidad, esta belleza honda, pujante, maceradora y dulce; este paisaje en el que el dolor, o la palabra, "ordena", objetiva, separa la realidad del hombre mismo porque todo tenga en él su medida y su ápice y tienda inasible y veraz, huidizo y palpitante, hacia un oscuro o luminoso centro de gravedad hacia el que un extraño sabor de ausencia, por el dolor—el dolor es el hombre, pero no todo el hombre, que no es, tampoco, como Sartre quiere, una pasión inútil—, nos lleva, de soledad en soledad—el asidero, y el dejadero, es la palabra—, justo hasta el rellano de esa como esperanza (vida de esta vida mortal llamó San Agustín a la esperanza), donde don Antonio Machado, "con este buen amigo", aprendiera "el secreto de la melancolía"?

No sé si coincido en esto con Guillermo de Torre, pues que—y lo diré con palabras suyas—"hemos llegado (habré llegado yo, en este caso) a un límite fronterizo: la metacrítica". Pero él mismo se pregunta, inmediatamente después: "¿finisterre o incipit...?", para situarse "a mitad de camino entre aquellos dos confines, y también en la clave del arco adonde apunto el Fiel de la Balanza", porque "algún que otro artista, capaz de vivificar lo pretérito, supo revelarnos que la frescura y novedad suelen residir en los ojos del que mira más que en la cosa mirada".

Esto pienso que debe ser la crítica literaria—ojos que miran y, además, ven—, y esto he creído hallar siempre en la temprana madurez interpretativa de Guillermo de Torre. Ahora ya, después de leer su último libro, *El Fiel de la Balanza*, podemos documentar nuestro hallazgo con sus mismas palabras cuando, en el prólogo, dice:

"Es singular que en tiempos tan programáticos y colmados de sistemas—ya que no de soluciones—como los presentes, cuando, en el plano que sustancialmente nos importa, proliferan los métodos críticos aplicados al fenómeno literario y estético, y mientras se lanzan cada temporada modelos funcionales y etiquetas deslumbrantes, nadie haya reparado aún en la necesidad de contar con cierto instrumento que debiera ser preciso e irremplazable: esa balanza que hemos emblematizado y mayusculizado, pero cuya sencillez nos proscribió auxiliariamente el rigor de otros aparatos más nuevos, de otras técnicas más sutiles, siempre que guarden la ley peculiar de aquel signo. Contrariamente, vemos cómo se aplican de modo natural al historicismo, al "contenidismo", al comparatismo, o bien a la urgencia del "compromiso" o al desciframiento de "mensajes"...; otros... prefieren tomar como punto de mira el atemporalismo, el formalismo estilístico o la gratuidad o el "escapismo" estilizante...; los demás allá se intrincan en interpretaciones—¿o desnaturalizaciones?—freudianas, sociológicas o marxistas; y, finalmente, muchos parecen hipnotizados por los problemas del lenguaje, llegando a proponernos (caso último, por el momento, 1961) un psicoanálisis existencial del estilo."

Se nos plantea así el problema actual de la crítica literaria, última consecuencia, quizá, de la llamada crisis del concepto de Literatura, tema sobre el que Guillermo de Torre—repetimos—ha escrito una de las obras más importantes de su bibliografía.

Por mi parte creo que sí, sin perder de vista su *Problemática de la Literatura*, me atrevo a llegar hasta aquí es, precisamente, porque la trayectoria de su obra, conforme vuelvo hacia atrás ahora, sobre ella, parece que me obliga a buscar un límite fronterizo, la raíz última que se hunde en el sillar mismo donde la crítica pueda apoyarse y fundamentarse, "porque la realidad es—y vuelvo a citar su prólogo a *El Fiel de la Balanza*—que nos movemos—nos mueven—entre bandazos y sacudidas, sin que en esta sucesión o simultaneidad de vaivenes polares se logre entrever una raya de luz fija, un signo de estabilidad".

Creo que es importante, y para mí ejemplar, este continuado empeño, este noble afán de Guillermo de Torre por "entrever—he aquí la motivación, o al menos uno de los valores más firmes de su obra—una raya de luz fija, un signo de estabilidad". De aquí, sin duda, esa jugosa fuerza contenida que determina la problematicidad dinámica que ordena y cohesionan las "escalas" de su obra, dándole la apretada unidad que muestra, conforme a su concepción de la crítica, en la que

nuestro autor ve "una función aplicada no al desmenuzamiento analítico de las partes, sino más bien como una integración sintética de la obra y el autor con su época".

III

Cuando llega a mis manos este nuevo y—para mí—último libro de Guillermo de Torre, leía yo *El Fiel de la Balanza*, recientemente editado en Madrid por "Taurus", y apenas si he encontrado diferencia alguna entre sus "escalas" en la América hispánica y estas nuevas "escalas" en la obra de Ortega y Juan Ramón, en Antonio Machado o Federico, en el "regreso" de Galdós o en la contemplación de la poesía "clamorosa" de Guillén. Y es que en la obra total de Guillermo de Torre encuentro siempre una medular unicidad determinada, a mi juicio, por la maciza y clarividente cohesión de un pensamiento estético jugosamente enriquecido por ese modo suyo, personal, de hacer y rehacer la "escala", de *vivir y ver* la obra "fuera" de su profundo y amplio conocimiento—profesoral también, y exhaustivo—de la bibliografía de nuestro tiempo, conocimiento que él utiliza con una sobriedad realmente ascética, nunca sofocante, y sólo en tanto en cuanto le permite fijar previamente esos que él llama "dos propósitos esenciales" de la crítica: "situar y valorar". Su regla, formulada en el prólogo a *La aventura estética de nuestra edad*, es ésta: "Situación de las obras y de los fenómenos intelectuales en el tiempo histórico y en el espacio literario; valoración de sus esencias y calidades, afrontando el riesgo que conlleva el ejercicio libre del juicio."

Es precisamente aquí donde Guillermo de Torre nos sorprende más y nos muestra mejor la fuerza interior de su empeño interpretativo, al lograr esa objetividad perseguida por él, con la que su palabra, precisa y transparente siempre, nos muestra, diáfanos y exentos, los fenómenos estéticos que ocupan y preocupan a nuestro autor, quien nos da ahora razón de su persistente búsqueda de un "inseguro punto de equidistancia entre extremos, de equilibrio entre pendulaciones violentas, representado por la aguja de la balanza en su fiel", sin perder de vista que "esta suerte de exhortación a la mesura y al sincretismo contradicen otros afanes, otros postulados estéticos que hice míos en días de mocedad". Actitud ésta que nos recuerda su importante ensayo sobre *Problemática de la Literatura* (Buenos Aires, 1951), libro en el que se nos dice cómo la ecuación definitiva de este problema queda planteada así:

"La Literatura pura no basta; la Literatura comprometida corre el riesgo de no ser Literatura; luego procede una síntesis. Inmanencia y transcendencia, divertimento y mensaje, desinterés e intencionalidad son factores que deben conjugarse en una síntesis futura a fin de que lo literario recobre su plenitud."

Copiamos íntegra esta cita y nos atrevemos, además, a recomendar una lectura detenida y repetida de ella, porque creemos que en la conjugación de esos factores que Guillermo de Torre señala radica el hallazgo de esa "síntesis futura" que necesariamente han de conquistar los escritores de la nueva promoción que quieran "salvarse" o superar, al menos, la prueba de confusión mostrenca que aqueja hoy a nuestra más joven literatura, que no logra "entrever, entre bandazos y sacudidas—repetamos, para ello, palabras de nuestro autor—, una raya de luz fija, un signo de estabilidad" y que, para mayor abundamiento en la crudeza de la prueba misma, ofrece—u ofrecemos—el espectáculo ridículo de elegir y acuñar nuestros propios maestros entre los mismos compañeros de promoción, suceso único, insólito, y Dios quiera que irrepetible, en nuestra propia historia literaria, cuyo análisis nos llevaría otra vez a postular la búsqueda de esa raíz última de que he hablado ya como umbral del que la crítica pueda partir para abarcar, iluminándola, la totalidad del fenómeno estético objetivado y, además y sobre todo, cardinado en el hombre mismo, que es como podremos lograr esa "síntesis futura a fin de que lo literario recobre su plenitud".

Insisto en este penetrante y preciso diagnóstico de Guillermo de Torre para hacer justicia a nuestro autor, que ha sabido mostrársenos fiel a lo que él ha llamado "crítica prospectiva",

"que es—nos asegura—la única con ciertas garantías—en correspondencia con sus riesgos—de perduración, de no caducar con su tiempo, puesto que

encara otros, desde el momento que anuncia y exalta lo que puede ser futuro”, sin perder de vista, a mi juicio, que es obligado lograr lo que el mismo Guillermo de Torre ha llamado

“crítica que ilumina y organiza, que desdobra las perspectivas para facilitar la más completa inteligencia y penetración de la obra literaria, ideológica y artística”.

IV

A pesar del largo trabajo de Ricardo Gullón (con quien coincido en las objeciones que hace al *Menéndez Pelayo* y *las dos Españas*, de Guillermo de Torre, con algunas reservas, por mi parte, acerca de ciertos términos que Gullón emplea) sobre *Guillermo de Torre o el crítico*, que figura como introducción a la antología que nuestro autor ha hecho de su obra para “Biblioteca Breve” con el título *La aventura estética de nuestra edad*, a pesar, repito, de aquel trabajo, nos falta un estudio crítico sobre su obra en el que se recoja cuanto Guillermo de Torre viene aportando al conocimiento “prospectivo” de la obra literaria. Hay en el prólogo a *La aventura estética de nuestra edad* unas palabras de Guillermo de Torre que a mí me han impresionado vivamente:

“Yo quiero esperar—nos dice—que esta función de heraldos o zapadores habrá de ser cumplida por la nueva generación que nos suceda; la nuestra, la mía, en su mayor parte, ha vivido apegada a motivos del pretérito inmediato (¿cómo interpretar si no—salvo algunas razones polémicas o reivindicadoras de origen extraliterario—su insistencia hipnótica en hacer girar los mismos cangilones del 98?); sólo a trechos, o por algunos de sus hacedores, le ha sido posible tender la mirada interpretativa hacia otros territorios.”

No sé si esta esperanza de Guillermo de Torre se cumplirá dentro del ciclo creador de nuestra promoción literaria. He leído una y otra vez su *Problemática de la Literatura* (cuya importancia, en función del tiempo en que fué escrita y de las motivaciones que la determinan, sería ridículo que yo tratara de subrayar ahora, aunque discrepo—el discípulo más fiel alimenta siempre una devoción milagrosa o insolente—en algunas apreciaciones que el autor hace) para convencerme de que ese análisis, cabal y agudo, que Guillermo de Torre nos muestra de la crisis del concepto de literatura y de la literatura de compromiso es el diagnóstico de nuestra propia crisis. Estoy, por ello, con él, en la necesidad de emprender y continuar esa “crítica prospectiva” que nos ayude a superar y trascender esta crisis. No obstante, creo que, para esto, necesitamos una crítica más audaz y abarcadora, una crítica, a fin de cuentas, como la que Guillermo de Torre viene enseñándonos calladamente a hacer.

Las tendencias que la crítica literaria ha mostrado, hasta ahora, creo que pueden reducirse a dos: la escuela que pudiéramos llamar—y así se ha llamado ya—de “investigación histórica”, en la que el acento, mediante una documentada y sofo-cante investigación, se carga sobre el autor solo, y la que pudiéramos llamar “escuela de investigación estética”, en la que el autor es despóticamente sustituido por su obra, por el “texto”. Guillermo de Torre, en cambio, parte del fenómeno estético de la necesaria interpretación de los fenómenos literarios, de aquello que nos es dado no sólo en la obra o en el autor, sino que, independientemente de ambos, está determinado históricamente por el tiempo *del* escritor y es, por tanto, anterior y, simultáneamente, causa fontal del fenómeno mismo. Hay, pues, en todo momento, un fondo o un paisaje unitario, un punto de partida y un elemento fijo y abarcador de referencia y comprensión y, por ello, una posibilidad de—como Torre ha dicho—“integración sintética de la obra del autor con su época”. Esta previa y necesaria integración y unicidad, dentro ya del fenómeno cuya interpretación nos proponemos, puede dar al crítico el “don de profecía” de que habla en el prólogo a *Las metamorfosis de Proteo*, juntamente con “la facultad de adoptar la forma que más le plazca”. “Pero tan ágil capacidad de mutación—añade—quizá no resida tanto en él como en el espectáculo versátil del mundo intelectual en torno.”

Hay que ceñirse, pues, a la interpretación del fenómeno, porque acaso sea éste —pienso yo—el punto cabal de “equidistancia entre extremos” que Guillermo de Torre ha buscado siempre. Recuérdese, a este respecto, su importante libro *La*

aventura y el orden, y se concluirá en todo momento cómo su obra es un elocuente ejemplo de esa búsqueda constante. Su obra y la crítica que de su actitud misma como intérprete de su tiempo nos va dando Guillermo de Torre en sus prólogos, en los que fácilmente podemos anotar ya las "escalas" que viene haciendo en la problematización que ha determinado y madurado su gran quehacer como crítico. En el prólogo a *El Fiel de la Balanza* hay ya un sosiego de mirada satisfecha y humilde, testifical, como su obra, hacia el largo camino recorrido por él. Es para nosotros ejemplar la sencillez, "tomada" como de cierta melancolía interior que le acerca más coloquial e íntimamente a nosotros, con que busca y ve, "en el signo de Libra, una invitación otoñal, de madurez o cosecha, a las valoraciones justas y en su punto, tan lejos del panegírico como del vejamen".

"Ya sé—agrega—que esta suerte de exhortación a la medida y al sincretismo contradice, a primera vista, otros afanes, otros postulados estéticos que hice míos en días de mocedad. Por ejemplo, aquel programa de Baudelaire cuando afirmaba que "para ser justa, para alcanzar su razón de ser, la crítica debe ser parcial, apasionada, política; es decir, deberá ser hecha desde un punto de vista exclusivo, pero desde aquel que abra más horizontes". Ahora bien: así como cada día tiene su afán y cada estación su color, así en la presente ocasión me corresponde no excluir ni parcializar nada en principio; antes al contrario, incluir y balancear pesas, valores o sustancias: en definitiva, tratar de mantener la armonía geométrica entre la línea vertical y las horizontales del fiel y los platillos de la balanza.

No hay, por tanto, una postura ecléctica en la obra de Guillermo de Torre, sino un hallazgo nuevo y definitivo, una—digámoslo con su palabra—*invención*. La crítica literaria precisa, pues, situarse en un ámbito nuevo, "fuera del autor y de la obra misma, si queremos penetrar en ella y "dar" con el hombre, sujeto y objeto siempre de toda relación literaria, de todo fenómeno estético o simplemente comunicativo, que no en vano, como ya dijo Hugo Grocio, "es propio del hombre el apetito de sociedad". Todo lo que al hombre atañe, todo cuanto le liga y le religa, importa a la obra literaria y, por tanto, a la crítica para poder interpretar cabalmente al hombre, ese *tiempo* inasible y real, huidizo y desconcertante del escritor porque sólo desde el hombre "religado"—digámoslo con terminología zubiriana—puede entreverse "esa raya de luz fija", ese "signo de estabilidad" que Guillermo de Torre echa, también, de menos. Yo mismo pienso si esta "cosificación literaria" que con el objetivismo nos ha invadido y nos sofoca, no será la consecuencia de una análoga "cosificación" existencial del hombre.

Hay que buscar, pues, una salida, cuyo umbral puede ser la obra de Guillermo de Torre. "Yo quiero esperar—repito aquí palabras ya citadas de nuestro autor—que esta función de heraldos o zapadores habrá de ser cumplida por la nueva generación que nos suceda." Dios sabe cómo nos compromete y nos "señala" esta invitación de Guillermo de Torre; pero, aunque parezca paradójico, la juventud literaria actual es poco generosa y sabe bien que la mayor exigencia que la crítica literaria nos impone es ésta: generosidad. Generosidad que ha de ser templada y hasta macerada por lo que Guillermo de Torre llama factor dominante "de la veracidad, hecha no de violencias y desplantes, sino de matices y precisiones ajustadas".

V

Vuelvo así a la introducción de *El Fiel de la Balanza* y concluyo aquí mis "escalas" en tres prólogos de Guillermo de Torre. Lo escrito hasta aquí, escrito fué con prisa, sin ni siquiera lograr la quietud necesaria para pensar con sosiego lo que habría de decir. No hay, no puede haber escritor sin ocio. Y sin ocio no es posible lograr la dura honradez de escribir con cabal sentido de responsabilidad, "a sílabas cunctadas", como aconsejara Berceo. Pido perdón, por ello, a Guillermo de Torre, porque su obra bien merece una dedicación más extensa e intensa. Me pidieron este trabajo—y Dios sabe cuánto agradezco la demanda—como se pide todo: con prisas. Pero hay obras sobre las que no se puede, ni se debe, escribir a plazo fijo. Yo había leído y releído los libros de nuestro gran crítico; pero no había sistematizado aún mis lecturas, tal vez porque en la obra de Guillermo de Torre hay, para mí, zonas en las que la necesidad de dialogar con el autor me obliga

a leer morosamente, a pequeños sorbos, como se bebe el vino de nuestra tierra, maestro, aceptando y discrepando a veces del tono dulce o bronco, estremecedor o agrio, con que pisa el paladar cuando a él nos llega.

Por otra parte, un escritor "alcanzado de recursos", como donosamente dice nuestro pueblo, difícilmente tiene a mano la obra total que debe glosar. Cuando volvía de recoger su último libro, *El Fiel de la Balanza*, hice escala en el "café" Varela, donde leí por primera vez el prólogo. Su índice me obligó a asociar la insistencia hipnótica que Guillermo de Torre señala para su generación, haciendo girar siempre "los mismos cangilones del 98", hasta producir en nosotros (porque, por razones que no son del caso, nosotros incluimos injustamente, por falta de perspectiva histórica, en el 98 nombres que caen fuera de sus discutidos límites) su poco, o su mucho, de hastío, ya que no en vano también nosotros hemos tenido nuestra propia e histórica situación límite, y necesariamente es otra nuestra perspectiva y otro el tiempo en que nos movemos y somos.

No sé cómo, ni por qué, el prólogo a *El Fiel de la Balanza* me actualizó toda la obra de Guillermo de Torre, y la vi entonces, desde el recuerdo, conforme intentaba volver borrosamente hacia ella, vertebrada por una cohesión maciza y unitaria, determinada por el modo de plantearse su autor los fenómenos expresivos que había tratado de acotar para interpretarlos. Fué entonces cuando sentí, sobre mí, su pesadumbre. Desde ese momento he tratado de asimilar la transparencia misma con que escribe Guillermo de Torre, para captar su pensamiento y hacer, en él, como una "saca de puntos" que me permitiera una síntesis suficiente y válida con la que fijar mi propio norte analítico. Hice el esfuerzo, sí; pero simultáneamente con él tomaba cuerpo, y se me imponía, despóticamente a veces, una solicitud explicable: considerar la actitud misma de Guillermo de Torre ante la crítica y su obra, eso que pudiéramos llamar, con el título de uno de sus libros, "la aventura y el orden" de nuestro autor.

Sinceramente creo que no he logrado ni una cosa ni otra, aunque la segunda bien sabe Dios que ha sido el objetivo de mi empeño. A fin de cuentas, yo no sé escribir a plazo fijo, y me temo que no aprenderé nunca. Considero, por ello, cuanto he escrito hasta aquí como un borrador de notas, o de "escalas", en la obra de Guillermo de Torre, un simple esbozo asistemático de lo que algún día me gustaría escribir sobre Torre en función de nuestra inmediata necesidad de conocer la dirección del camino que viene abriéndonos.

En la vieja "cacharrería" del Ateneo de Madrid he releído sus *Escalas en la América hispánica*, y fué allí donde se me ocurrió dar, mediante escalas en tres de sus prólogos, esta visión genérica de "la aventura y el orden" de Guillermo de Torre, ya que, en tan corto plazo, no podía aspirar a más. Cuando bajaba por la calle del Prado hacia la carrera de San Jerónimo había un atardecer impresionante, madrileño, en la hondonada azul del Prado. Las acacias del fondo, limpias, como el aire de Madrid, en estas tardes increíbles y luminosas, me hicieron ver mejor la transparencia última, azulencia casi, que talla los huecos de las calles que suben hacia la verja amiga del Retiro. Volvía hacia casa pensando que algo así es la prosa de Guillermo de Torre, y que tenía que escribir, quieras que no, sobre su obra, y me proponía hacerlo con cuidado, con la gratitud que debo a sus libros, sin énfasis y sin palurdez devota, discipularmente y como Dios manda. La falta de tiempo me acosaba y acobardaba ya, porque sólo el tiempo corrige cuanto hacemos; pero los propósitos, al escribir, no justifican luego cuanto hayamos dicho. Lo escrito, escrito, que es lo grave.

ALFONSO ALBALÁ